

## EL CORREO DE LA REVISTA

CARLOS ILLESCAS

Querido lector:

Cuando la presente llegue a tus manos, lo probable es que las fiestas navideñas se hayan presentado, y las de fin de año llamen con mano invernal a tu puerta para recordarte que 1985 pide tu atención y los buenos propósitos. Por lo dicho, te ruego aceptar los mejores augurios de quienes hacemos la Revista de la Educación Superior, formulados a fin de que tu persona y los tuyos obtengan en el curso del año próximo los más venturosos resultados en los campos de la felicidad y la riqueza, ello dirigido al goce de la paz internacional en la que tú piensas, siempre, con preocupación creciente.

Conocedores en alguna forma de tu buen talante frente a la vida y sus complicaciones, sabernos que el casero, en caso de tenerlo, no ya a subirte la renta en incremento cuya sola mención produce dentera; sabemos que los taxistas ahorrarán los gestos y ademanes hoscos con el propósito de que tú viajes por lo menos tranquilamente. Muchas cosas entendimos acerca de los oficios del espíritu entre los que no debemos eludir la economía y las ciencias de la comunicación, todos a un motivo de tus profundas cerebraciones.

Lo que deseamos decirte, en realidad, es que sin violentar las tácticas que impones al abordar las cosas a fin de que la existencia reduzca sus plazas, todo se te dé de manera natural, sin forzamientos, seguido más bien de consonancias que de estridencias, tanto en los ámbitos de la política cuyos entretelones conoces con pericia, como en las de la grave estrategia prescrita por la vida familiar, tan llena de escollos y asimismo de dulzuras que no son, por ahora, para ser narradas.

Y en vista de que se desplaza sobre el ánimo el deseo de no insistir sobre asuntos tan poco originales, en lo que se sigue nos esforzaremos en no perder de vista la amenidad, ello con el presupuesto de que la temática o temáticas solicitadas, fluyan sin torcedura; se produzcan, como se dice, como agua brotando de manantial.

Y como se trata de asuntos reputadísimo amenos, nada mejor para satisfacer el fin que referirnos, así sea con brevedad, a los dictadores americanos.

¿No sientes elevársete el espíritu al sólo pensar de lejos en Tacho Somoza, por ejemplo? Aférrate a su recuerdo y verás cómo todo cuanto se hallaba endurecido se afloja, y cómo de su materia fosca nace algo parecido a un mazapán elaborado con las mejores almendras y las más transparentes mieles.

Debemos sentirnos satisfechos antes de llegar al orgullo legítimo al verificar el aserto de que si algo tenemos los americanos para exportar al extranjero son dictadores. Dictadores de todo tipo y color, índole y voluntad, pinta y catadura. Debemos reconocernos como tierras de promisión al sólo posar los ojos en Chile, Nicaragua, Guatemala, Haití, Honduras y otros muchos, muchísimos países más, en cuyos términos los déspotas se balancean bajo los árboles, asidos a bejucos flexibles, mientras lanzan gruñidos reveladores de una inteligencia superior.

En un orden de comparaciones, pasará mucho tiempo antes de que averigüemos cuál dictador es más eficaz en sus funciones de imponer el nuevo orden transnacional. Como consta a todo el mundo, conocedores y profanos, cada uno de ellos a su tiempo, cada quien a su manera, se esfuerza en superar a su vecino de jungla. Ningún mandatario que se respete se da abasto ensayando nuevos procedimientos, maneras más eficaces en lo que toca a saber oprimir con solvencia a su país.

Los métodos son muchos. La vía económica es sin duda una de las más transitadas; consiste en derrumbar de una sola plumada el valor de la moneda nacional con el resultado de que el siempre calumniado dólar se imponga como señor de señores, o dios supremo cuya denominación en guaraní es burubishá. Esta medida o facultad omnimoda del superjerarca trae consigo uno de los beneficios más plausibles de los tiempos modernos, el hambre. Solamente los amargados no leen con simpatía los informes de los organismos internacionales del caso, merced a los cuales podemos enterarnos al dedillo -milagro de las estadísticas- cuántos niños rinden el espíritu (sobre todo niños indígenas) en nuestros países. Muchos turistas a quienes no falta

nunca la cámara fotográfica y la película a todo color, aprecian en lo que vale distinguir un quechua en estado inane, por ejemplo, al pie de una roca audiva mientras el sol (wyracocha) declina sacudiendo en violento crepúsculo su cabellera de fuego.

Los amargados no aprecian las medidas redentoras de tantos, presidentes producidos después de golpes de estado acometidos por bizarros individuos de uniforme, con el hombro caído debido, al peso de la metralleta que suelen portar a toda hora con celo religioso. Si los resentidos prosiguen en comportarse igual a niños malos, como el Frantti, personaje de Corazón, de Amicis, van a terminar con los veneros de muchas artes. Por ejemplo, su desangelamiento impide que poetas de fama mundial entonen himnos a quienes debemos, en virtud de su mano de hierro, el progreso que hoy experimentamos. Todavía no hace muchos años el Generalísimo Leónidas Trujillo permitía con beneplácito de gente bienacida que lo sahumierasen poetas egregios al formular esmerados epinicios en loor de los hombres providenciales.

Y luego estos resentidos no quieren que se les fusile. ¿Cómo solicitar clemencia para ellos si debido a su actitud merecen eso y más? Aquí en México, por ejemplo, son muchos ya quienes no firman documentos, merced a los cuales podría lograrse que un crítico amargado salve el pellejo. Si hasta resultan izquierdosos, como si los nuevos tiempos toleraran tal desafuero.

Los dictadores deben ser honrados. Debemos para tal efecto expulsar de la república de las letras a Miguel Angel Asturias y a Gregorio López y Fuentes autores deslenguados, calumniadores de los hombres providenciales. A Carpentier debe dejársela en manos del señor Cabrera Infante a fin de que lo haga añicos por haber manoseado la figura de más de uno de los bienchores de Cuba, Gerardo Machado: Vargas Vila, Ciro Alegría, J. Ibarguengoitia y otros perpetraron una literatura ínfima, debido a su afán de vulnerar vida y obra de ilustres gruñidores de nuestra historia continental.

Es tiempo todavía de enmendar los pasos. La literatura debe volver a las fuentes en las cuales se originó, la épica, la saga, el espesor mágico de hechos trascendidos de circunstancias líricas. La narrativa cuando cae en la simplificación de la vida y el hombre lleva la mayor culpa en el derrumbe de la imaginación y espíritu creador.

Con cuánta razón el Santo Oficio impidió que las posesiones españolas en el Nuevo Mundo se contaminaran con la lectura de novelas, cuya finalidad no es divertir sino corromper el espíritu merced a, mentiras, fabulaciones, imaginéras sobre la base de la irrealidad. En efecto, la novela no debió haber plagado el gusto de tantos lectores inteligentes, hoy entregados a la desesperación esquizofrénica de no saber dónde se hallan lo real y lo irreal, Lectores cuya visión de los generosos hombres que en buena mayoría gobiernan el continente es fantasioso y lesiva a la razón.

No cabe ignorar que el Santo Oficio entendió que la novela es producto espesado en los tanlices del infierno. Su tarea es aspersar la duda acerca de la legitimidad del poder proveniente de Dios.

Ella conlleva el escepticismo como producto espurio de la discorrenia inepta acerca de asuntos que solamente competen a literaturas doctrinarias, severas, inspiradas en las Escrituras y en la ejemplaridad de la historia en su paso por los siglos.

En otras palabras, querido lector que nos sigues en estas tiradas infinitas, nosotros, tus amigos de verdad, te recomendamos encabezar amplios grupos de sesudos pensadores que piden la desaparición de la novela y auspician en cambio, eso sí, la práctica sana de la biografía a título de suplantación de la mentira que muchos, sobre todo los ilusos, reconocen como género narrativo.

Nuevos insignes gruñidores latinoamericanos, en vez de cuentos infinitos plagados de mendacidades, serán sometidos a los términos plutarcales de una biografía ceñida a los hechos, sin impugnaciones; por lo mismo ceñida a la realidad. Perfilados por el mejor regulador de la verdad buenaparidora. No faltarán de inmediato los Suetonio, los Hernando del Pulgar, los Emil Ludwig, a cuya entera moralidad y satisfacción quedarán sometidos los datos bioexistenciales del sátrapa, a fin de extraer de ellos, después de su elucidación y escandiramiento, la enseñanza que informe en qué medida, y vaya de simple ejemplo, Anastasio Somoza se parece a Bayaceto, o doña Estelita Perón difiere en términos abismales de la simpática reina Fredegunda, esposa, si mal no recuerdo, de Chilperico el grande.

Esto es hacer arte y por lo mismo emparentar amor y mundo sin irse de pinta por los montes de Ubeda. ¿Un verdadero biógrafo, que no novelista, no hallaría sin forzamiento alguno los términos comparativos que homologan a mi general Pinochet con Napoleón Bonaparte? El resultado de esto estriba en la carga histórica necesaria para ver los tiempos modernos y los hechos que dieron color a los primeros años del siglo pasado.

Al mismo tiempo descubriríamos que los sátrapas, dictores, y otros nombres parecidos, no proceden a fuerza del mundo militar. Y esto comportaría la felicidad de poder ensayar a decir de cuáles otros légameos pueden salir hombres providenciales, a la manera de los descritos por Th. Carlyle.

A poco andar entre las cosas de la sociedad, las artes plásticas, la televisión, las políticas culturales de ésta y aquella tendencia, sobre todo aquella, la literatura, la aldea, la corte, en fin todo cuanto compete a un caballero a la manera de la pintura de B. Castiglioni, encontramos que el ejercicio dictatorial proveniente de una sola persona, cualquiera, puede ser tan amplio que los poderes de un Baby Dock, son nonada.

En México, como en cualquier país de amplio desarrollo cultural, el fenómeno es irrecusable. Y al acercárnosla distinguimos que todos los grados rituales codificados por los sátrapas militares, también son particulares de quienes ejercen una dictadura, vamos a decirlo, libresco ilustrada.

Por principio de cuentas se rodean de un conjunto de adictos dispuestos entre otras cosas, las menores, a dar la vida por el jefe. Ello merced a una divinización similar a la que Trujillo exigía a sus sectadores.

Pero esto es largo de sustanciar debido a que prescribe correlatos, alegorías, paralelismos con el de Hipona, quien, como es sabido, produjo largas y admirables páginas acerca de cómo se organiza la burocracia déifica del cielo. Y como no estamos para cosas extensas, lector amigo, deseamos en sustancia someter a tus talentos un asunto que no por superado hace varios siglos deja aún de preocupar a quienes no terminan de deslindar dónde termina el mundo de la divinidad y dónde empieza el mundo de la fisiología. Ojalá que tú echés luz en ello, a fin de que la escatología, en una versión menos achacosa y tal vez hasta moderna, enriquezca su caudal de maravillas.

Para empezar deseamos recordarte que durante los siglos XI y XVI, se produjeron en Europa enconadas disputas religiosas sobre la Eucaristía.

Como suele ocurrir, tanto ayer como hoy, el asunto se trató y maltrató en extenso. En el panorama creado en torno a los debates apareció una escuela o doctrina nombrada estercoranismo. Con el término se designaba cierta tendencia errónea (según los ortodoxos) en la explicación de los efectos de la transustanciación eucarística, ¿sabes?, consistente en tomar en sentido demasiado materialista el influjo -del cuerpo de Cristo sobre quienes lo reciben sacramentalmente.

Tú, dilecto, despliega tu poder mental y después de reducir ana. lógicamente los términos entenderás que si tú mismo, por ejemplo, debido a un acto de fe comulgas todo cuanto contiene la eucaristía del dictador: cuerpo y espíritu, entonces cabes en los términos del debate escatológico que nos ocupa. Vamos adelante. Los estercoranistas no se conformaban con la refección espiritual de la Eucaristía, ni con que en la hostia consagrada no hubiera ninguna posible acción física de cuanto circunda los accidentes eucarísticos sobre el cuerpo de Cristo.

Escatogos sabedores de su materia, dicen que aun cuando Cristo ya precabía el peligro de una mala inteligencia del comer su carne con aquellas palabras caro non prodest quidquam (San Juan, c. VI, vv 61-65), dando a entender que no prometía manjar para digerir, los estercoranistas insistieron en lo contrario. Y así, Nicetas Pectoratus, ¿sabes?, enseñó -siglo xx- que la comunión rompía el ayuno.

Conocedores de la materia afirman que tan misteriosamente como el cuerpo de Cristo se introdujo en las especies de pan, deja de estar en ellas una vez que el organismo que lo ha recibido pudiera transformarlo en vulgar alimento, sujeto a las funciones fisiológicas.

Y para que te lo sepas, como suelen decir nuestros niños, el estercoranismo no indicó, realmente, ninguna secta propiamente dicha. La palabra se cree fue usada por vez primera, en 1054, por el cardenal Hubert en la increpación dirigida a Nicetas Pectoratus.- O perfide stercoranista.

¿Qué te dice lo anterior? Nada menos, nada más, que suscribir ciegamente las tesis de los dictadores ideológicos, árbitros literarios, equivalente a ingerir sus cuerpos divinizados, y convertirse en un estercoranista cualquiera, a la altura de Nicetas Pectoratus. Tal cosa porque además de lo insustancial del sátrapa, se ingiere todo cuanto tiene de material, reductible a producto antidivino. Los sectadores inteligentes por lo mismo, y a fin de aprovechar sólo el espíritu y no así la materia profana de su maestro, nunca dan pasos hacia el estercoranismo, dando el frente a San Juan y no a Nicetas Pectoratus.

Lo anterior obedece a que la verdad de las cosas, la gran verdad de las cosas, es que el hombre por más que se esfuerce nunca podrá romper las amarras que lo sujetan a lo deleznable de la materia humana. No se puede ser divino así como así. Ello le cuadra a Cristo por hechos conocidos, pero no al hombre. Y si es que se diviniza, caso San Juan de la Cruz, entonces obliga a la naturaleza humana a quedar en tierra mientras el fuego perdurable abrasa el alma. ¿Recuerdas lector a quien no falta su punto ateizante, pero tampoco el místico, el Cántico espiritual?

Observa pues en este refluir de razones movedizas, que no le ha sido dado al hombre la divinización si con ello no se prescinde del cuerpo. Y como esto es así, entonces comprenderás que en la circunstancia de seguir de cerca los pasos, las opiniones, las simpatías, las diferencias, y todo cuanto constituye el espíritu (más bien las pasiones) de un ser divinizado al nombrársele dictador social, literario, estético, etcétera, se incurre en estercoranismo.

En efecto, al ingerírsele no se logra eliminar el malhadado cuerpo y por lo mismo, pese a uno mismo y a todos, sobre todo el ser deglutido. Esto conlleva una significación altamente perplejante; se le convierte en agente que rompe el ayuno. Y como sabes, el ayuno roto no es zurcible.

Un buen biógrafo, sobre todo en nuestro medio, lograría realizar trabajos de alto contenido al cotejar la realidad merced a la acidificación de éste o aquel personaje, a quien le ha sido concedido el verbo, o sea la omnisciencia de nombrar las cosas por su verdadero nombre. Becado a perpetuidad por los poderes más altos, es expresión de Dios, lo mismo que lo fue Somoza en los campos de gobernar con generosidad un país, Nicaragua.

Y mientras el benefactor de las letras recibe el culto de miles de gente, no siempre sencilla de corazón, los estercoranistas que lo siguen nublan la atmósfera, en grados de preocupar a competentes ecólogos, los que tú conoces, lector, destinados a testificar la destrucción de la naturaleza debido a la polución ambiental.

Y ya puestas donde están las cosas, no deseamos abundar en detalles y averiguaciones, y sí más bien, lector respetadísimo, tratar de buscarle el final a la presente. Lo hallamos en palabras de nuestro viejo maestro don Marcelino Menéndez y Pelayo, a propósito de un par de herejes, uno nombrado Barba Jacob (o) y el otro Mossen Urbano. El primero constituido por quién sabría decirlo qué poderes en Dios absoluto de la creación, y el segundo en su profeta y por lo mismo, su más delirante estercoronista.

Dice Menéndez y Pelayo en Historia de los heterodoxos españoles, página 567 del tomo I, que entre los papeles de la inquisición catalana, hay una sentencia, dada en 1507 por D. Francisco Pays de Sotomayor y Fr. Guillén Caselles, dominico, inquisidores, y por el vicario de Barcelona lacme Fiells, contra...

“Mossen Urbano, natural de la diócesis y ciudad de Florencia, hereje y apóstata famosísimo, el cual publicó una y muchas veces que un cierto Barba Jacobo, que andaba vestido de saco como el dicho Urbano, fingiendo observar la vida apostólica, y haciendo abstinencia y ayunos reprobados por la Iglesia, era el Dios verdadero, omnipotente, en Trinidad Padre, Hijo y Espíritu Santo. Dijo y afirmó que el dicho Barba Jacobo era igual a Jesucristo, y que así como Jesucristo vino a dar testimonio del Padre, así Barba Jacobo, que era el Padre, vino a dar testimonio del Hijo. Y así como los judíos no conocían a Cristo, así ahora los cristianos no conocían a Barba Jacobo.”

Sin derivar hacia la distracción decimos que para nadie es secreto que Barba Jacob (Porfirio), es uno de los pseudónimos que usó el eximio poeta colombiano Miguel Angel Osorio, también conocido por Ricardo Arenales y Señor de Aretal. Este dato habrá de servir a los estudiosos del autor de “La vida profunda”, para situarlo mejor en las extrañas mitologías que entrecruzaren su vida tormentosa.

Y volviendo a Mossen Urbano, decimos que según enlista don Mareclino, sostenía estos asertos:

1. Que el modo de vivir que él tenía, según la doctrina de Barba Jacobo, era el estado de perfección, equivalente a la inocencia.
2. Que él no está obligado a prestar obediencia al Sumo Pontífice, ni a persona alguna, si no se convierten a la enseñanza de Jacobo.
3. Que los preladados no tenían potestad alguna, por estar llenos ,de pecados, y que las decisiones del Papa no eran valederas ni eficaces si no las confirmaba Barba Jacobo con su gracia.
4. Que estaba próximo el fin del mundo, y que Barba Jacobo sería el verdadero y único pastor, y que juzgaría a los vivos y a los muertos. (E que axi ho creu ell, e que li faran lo cap vegades e nel maten, que muy li faran creure lo contrari.)
5. Que Barba Jacobo era el ángel del Apocalipsis.
6. Que Barba Jacobo sabía todas las cosas sin haber aprendido ciencia alguna, puesto que había sido rústico pastor cerca de Cremona.
7. Que Barba Jacobo era todo el sér de la Iglesia plenísimamente. (Consigna Menéndez y Pelayo, que usaba Barba Jacobo la bendición siguiente: “In nomine Patris et matris et Filli et Spiritus Sancti e Sanctae Trinitatis, filioli et filiolae et compatris et comatris, et de lo fratre ab la sonore et de lo cosino e de la cosina.”)
8. Que había de predicar por tres años, muriendo después degollado en la ciudad de Roma, para que comenzase con su resurrección la segunda Iglesia, donde las hembras concebirán y parirán sin obra de varón.
9. Que el pecado de Adán no había consistido en la manzana, sino en la cópula carnal con Eva.

Esto y más dice el sabio espafiol de Barba Jacob y su estercorianista, Mossen Urbano.

Espero, venerado lector, que no echas a pesadez cuanto dijimos en párrafos anteriores tomados de la mano de don Marcelino Menéndez y Pelayo; y si bien ha de venirte, entonces lo echas en la cuenta de la amenidad que tanto nos escatiman las noticias periodísticas provenientes de países en los cuales los dictadores, tiranos y sátrapas pierden a veces el sano sentido del humor y se les va la mano, como se dice por ahí, al ajusticiar a gente que ni la debe ni la teme pero que sí debe pagarla.

En la seguridad de que tú, una vez despachada la presente, aplicarás tus fructíferos ocios a la lectura de Tirano Banderas, de Valle Incián, a fin de encontrar entre tanto entresijo y mollerías podridas de lo que con tanta suficiencia llaman muchos mundo mágico, viejas dolencias, llagas, patetismos, complejitos y complejotes; todo cuanto contribuya a ver en qué medida cada uno de nosotros es, ya en el fondo, ya en la superficie, un tirano. Y, además, con toda la barba o sea la prosopopeya sobre la que se organiza el ritual de despreciar a los indios, de crear ghetos a títulos de confinamientos de las gentes que no son “bonitas”. Y desde luego desde la elevadísimo atalaya de la prepotencia, lanzarnos úscases, decretos, irades, escoge el nombre que más te acomode, que nuestros deudores hacen suyos a título de hostias consagradas, todo esto con los resultados que te sabes.

Por lo invocado es que a estas alturas de tiempo no hay dictador que no sea simpático, porque ¿cómo impugnar lo que muchos queremos ser y somos en grados sospechosamente proliferantes? En el hecho de votar con conocimiento de causa con la finalidad de que un débil mental gobierne el mundo, se halla la mejor respuesta de la proliferación de los estercorianistas. ¿No lo crees tú así, que aún haces de la cordura tu mejor acompañante, mientras miras cómo el mundo, ay, se desmorona? Sin otro asunto que tratar por el momento, recibe las mejores expresiones de tu amigo, que aspira a evaluar de verdad todo cuanto pesas que es mucho, muchísimo, desde luego.